

tir un corazón entre sus escasas páginas y una doctrina revolotea por encima del drama de dos abandonados.—D. MELFI.

PACÍFICO-ATLÁNTICO, *por Domingo Melfi*

Viajar, tender las pupilas hacia otros horizontes, que ofrecen panoramas distintos, a esta realidad cotidiana, que de verla tanto se nos hace monótona y sin relieve, es un acontecimiento de importancia, para aquel que lleva el espíritu alerta al espectáculo que va hiriendo su sensibilidad. Y si el hombre que puede disfrutar de este placer tiene un espíritu acendrado y ávido, para descubrir lo interesante y valorar lo bello, extrayendo de esos panoramas la parte más significativa y esencial, todas esas sensaciones se entrarán en él, como una siembra de visiones, ricas en enseñanzas y en latidos humanos, que al florecer en su mente, tendrán un doble mérito: remozarlo interiormente, y al fructificar en una concreción artística, poder participarla a los demás.

Y este es el caso de Domingo Melfi. Se fué por primera vez de su vida a visitar los países, que en el sur de nuestro continente quedan por el lado del Atlántico. No llevaba, seguramente, más preocupación intelectual, que su ilusión de hombre que sueña con un rincón de la tierra antes de conocerlo, ni más intención que la de desempeñar una misión periodística. Mas, he aquí que su inquietud de artista, siente con vigor un estallido de sensaciones, que su espíritu no se resigna a guardar para sí y que se concretan en el bello libro, al cual nos referimos en este comentario que carece de intención crítica y es sólo la impresión del lector, que con creciente interés y verdadero agrado ha ido recorriendo sus páginas, ricas en sugerencias, en contenido emocional, y en observaciones penetrantes y significativas que tienen un sello muy personalísimo y original.

Porque *Pacífico-Atlántico* (1), no es precisamente un libro de notas de viaje, en el sentido que estamos acostumbrados a ver. Tal vez pudiera decirse que es una especie de panorama étnico-geográfico, lleno de certeras consideraciones acerca de las características que el influjo de la tierra proyecta sobre el hombre que la habita, y que, teniendo una misma ascendencia racial, ofrece, en cambio, diferencias muy marcadas en su manera de ser y en la de realizar su vida. Del desarrollo de las observaciones y de las deducciones que el autor formula, apoyándose para hacerlo, en acontecimientos de carácter histórico y político, va surgiendo el contraste, o, por mejor decir, los rasgos sobresalientes y distintivos que singularizan a los hombres que viven holgadamente por el lado del Atlántico, diferenciándolos de los que viven estrechados entre la cordillera y el mar Pacífico.

La proximidad de Europa, el río humano que venido de ese continente desemboca a diario en la metrópoli cuyo latido gigantesco alienta junto a las riberas del río de la plata, del Paraná Guazú—río ancho como mar, como le llamaban los aborígenes— ¿impone la influencia de sus tradiciones y el carácter de cada pueblo sobre el hombre que habita los extensos territorios bañados por el Atlántico, para formar una nacionalidad abigarrada y sin relieve propios?

Leyendo el libro de Melfi, nos damos cuenta de que no ocurre eso, de que no puede suceder. La pampa sopla desde todos los ámbitos su poderoso aliento sobre la ciudad. El alma de ella maravillosamente simbolizada en «Don Segundo Sombra» se yergue dominadora para imprimirle su moralidad. El gaucho soñador que cruza en su flete, la extensa llanura llevando su bagaje romántico y bravío, forma parte de la fuerza, del poderío que arranca de la pampa como una manada de baguales desbocados, a los cuales ningún obstáculo pudiera detener ni dominar. Su leyenda aventurera y romancesca tiene un aroma

---

(1) Ediciones Atenea, 1934.—Santiago.

demasiado denso para poder sustraerle a respirarlo. Y allí, como muy bien dice el autor, «la ciudad parecía como avergonzada de haber crecido en medio de ese océano, al cual nunca podría dominar».

Y más adelante agrega:

«En aquella planicie sin riberas que cruzábamos, el hombre había recorrido vastas extensiones, señor de sí mismo, rebelde a toda ley, como devorado en su corazón, por la soledad que no le permitía sino la aventura y el coraje. Sediento de horizonte, debía ir y venir de uno a otro extremo, sorteando los peligros de la bestia y el matrero. Pudo allí crecer una estirpe de románticos a la par que de hombres de acción. Para engañar aquella flotante soledad silenciosa, tenía la belleza de sus cantos, y para no morir en manos de sus asaltantes, el facón y la agilidad recia de sus puños. En las lejanas pulperías hacia las cuales encaminaba su ardor y su esperanza, puestos diseminados en un desierto sin límites, encontraba el recuerdo de las hazañas gauchoescas que se hundían en la lumbre del fogón, punteando la vihuela jactanciosa, o saboreando el mate, mientras el flete resoplaba atado en la tranquera».

Estas hermosas y certeras reflexiones, nos ayudan a explicarnos la psicología del hombre de la pampa, en donde, como añade en otra parte, «pudo producirse aquel gaucho cruel que convirtió en tiranía sangrienta, su dominio de la campaña sobre la ciudad».

En cambio, en este lado de la cordillera, el hombre vivía limitado por los cerros, estrechado entre los pequeños valles donde su visión se desviaba en un recodo. Sus nervios debían estar siempre alertas a la acechanza y al peligro ignorado. Sus pupilas se agudizaron para perforar el misterio de la selva y para descubrir a su semejante entre las arrugas de los cerros. La naturaleza le oprimía haciéndole el alma triste. El elemento humano, no pudo así conglomerarse en una fuerza grande y uniforme. Cada hombre se replegaba en su fuerza y en su instinto.

impidiendo de este modo dar margen a que surgiera el caudillo que salido del campo dominara la ciudad. ¿Quiere esto decir que el hombre nacido entre los cerros era inferior, como producto racial, a sus hermanos del otro lado de los Andes? No, en ningún caso. El autor tampoco pretende demostrar tal cosa, ni nada parecido. Lo que trata de poner en evidencia, es que tanto aquí como allá la Naturaleza le impuso al hombre un destino distinto, y que en su manera de ser, influyeron poderosamente las sugerencias silenciosas de la tierra. Aquí la ciudad, en cierto modo, representa la fuerza organizada en donde viene a desembocar toda esa otra fuerza diseminada y casi escondida entre los cerros y los valles estrechos, pero que nunca pudieron formar núcleos poderosos constreñido por las limitaciones naturales. Allá, del señorío ilimitado del gaucho, pudo surgir el caudillo, expresión del coraje y de la fuerza de la pampa. Rozas, en la Argentina; y Artigas, en el Uruguay, pueden ser los arquetipos de esta afirmación. Acá, Portales, señorito santiaguino, descendía de los duros y crueles señores de la encomienda, que iban a refugiarse en la ciudad, después de imponerse con el látigo, haciendo gemir de dolor al indio, al mulato y al mestizo que en su aislamiento y desamparo del campo, trataba de acercarse al clima más benigno y protector de la ciudad.

El libro de Melfi, interesante y valioso, tanto por su riqueza sugerente, cuanto por el cúmulo de observaciones certeras para interpretar la realidad americana de esta parte del continente donde vivimos, tiene, además, un mérito sobresaliente por las excelencias de su alta calidad literaria. A través de todo el libro cruza un hálito estremecido en donde palpita una fantasía robusta exornada de bellas imágenes que son verdaderos hallazgos de expresión y novedad. Es, a ratos, un poeta que se embriaga describiendo la existencia aventurera y romancesca del gaucho, sobre su llanura sin horizontes; o esta tierra chilena que tantos encantos y amores tiene para su corazón. Sorprende y cautiva, la manera de transmitir la sensación del paisaje, en

que la visión de la naturaleza se entremezcla con lo humano, en una trama toda envuelta en un soplo cálido y vital, como si experimentara un placer voluptuoso de entregar todo su fervor y entusiasmo, entre el armonioso tumulto de las palabras, que sin desbordarse, expresan generosas y gallardas sólo lo necesario, para transmitirnos con claridad las ideas y con emoción el sentido de la belleza.—LUIS DURAND.



PRENOCIONES PARA EL ESTUDIO DE LA HISTORIA CONSTITUCIONAL DE LA REPÚBLICA ARGENTINA, Y OTROS TRABAJOS DE *Emilio Ravignani*.

Emilio Ravignani, director del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional de Buenos Aires, maestro con prestigio hondamente arraigado en la juventud y entre los trabajadores intelectuales de Argentina, realiza desde su alto cargo oficial una labor trascendente. Cumplen el Instituto y su dirección la tarea de estudiar el pasado, de reunir datos y antecedentes que más tarde sería de difícil obtención, de investigar hechos, obras y personajes de la historia de América y en especial de la república vecina. Tarea impostergable, que presentará al historiador futuro, con la necesaria perspectiva del tiempo, los elementos básicos de su labor. Y no sólo a los que de historia se preocupen en el porvenir, que los sicólogos, los educadores, los estadísticos y los científicos, en general, han de encontrar allí material abundantísimo.

Estamos en el límite de una época, en uno de los recodos de la evolución histórica, vale decir, en los inicios de un nuevo capítulo de la historia humana, que implica la substitución de una civilización por otra, y con ello cambios fundamentales de todo orden. La manera de apreciar hechos, ideas y hombres, las escalas de valores y los métodos críticos sufrirán variaciones con-